
La “dictadura del equilibrio fiscal” en la Argentina

Naum Minsburg*

Antes que nada, yo quiero plantear que me encuentro sumamente feliz de haber participado aquí, de haber podido oír –como nunca había oído– una intervención tan enjundiosa sobre la situación de Bolivia. Ni que hablar que los compañeros de México, por un lado, han demostrado que estamos en investigaciones paralelas. Y por otro lado, nos han dejado algunas dudas de cuál es el rol del gran capital, en la actualidad, en Argentina. Este es un tema que me quedó anoche, y que no me lo puedo sacar de encima. Creo que el gran capital en Argentina ya no existe. Mejor dicho, existen grandes capitales nacionales pero que en nuestra economía actualmente muy desnacionalizada y oligopolizada, no tienen la preeminencia que tenían anteriormente. Dicho de otro modo el gran capital local se ha asociado directa o indirectamente con las filiales de las corporaciones transnacionales. Es un tema que habría que discutir, pero no creo que sea éste el momento.

Decía que tenemos una línea de investigación paralela, y en cierto modo vamos a hablar de lo que sucede. Y quiero después plantear cuál es nuestro papel, ya que también el compañero de Chile planteó algunos temas que son de mucho interés.

Creo que la década que estamos viviendo, que no es la famosa *década perdida* sino la de la “esperanza” (entre comillas), se inicia con dos graves problemas, que son el Consenso de Washington en el ‘89 y al mismo tiempo la caída del Mu-

* Economista y periodista económico, colaborador en distintos medios nacionales y del exterior.

ro de Berlín. ¿Qué representó la caída del Muro de Berlín? En cierto modo, la existencia de un socialismo etiquetado como tal, que era un autoritarismo brutal, pero que de socialismo tenía muy poco. Pero que, sin embargo, a pesar de todo eso negativo, lo real es que frente al avance del capitalismo constituía una suerte de dique de contención. Cayó el Muro y el capitalismo tomó su verdadera fase que tenía, como de costumbre, un capitalismo al que se lo llama, por comodidad, “capitalismo salvaje”. Como nunca, hoy por hoy, en el mundo ha existido una tan regresiva redistribución negativa del ingreso.

Yo creo, además, que ahí también se da otro fenómeno, en el cual el Fondo Monetario y el Banco Mundial, o sea los organismos organizadores y ejecutores del Consenso de Washington, también tienen su enorme cuota de responsabilidad. Ya que imponen a todos los países las mismas y desgastadas recetas, las de ajuste permanente o ajuste estructural. Utilizan lo que nosotros hemos denominado como los “diez mandamientos del Consenso” ya que dichos mandamientos se basan en diez puntos principales.

Hoy estamos en un proceso de globalización, que se puede llamar transnacionalización o americanización. Existen en la actualidad 60.000 corporaciones multinacionales, con una inversión total en el mundo de cuatro billones de dólares (millones de millones) y que en conjunto tienen esparcidas por el mundo 450.000 filiales, de las cuales más de 230.000 filiales se encuentran instaladas en los países en desarrollo. Del conjunto de Corporaciones Transnacionales (C.Ts.) un 70% pertenecen a Estados Unidos. Si tomamos las primeras 50 C.Ts. o las más importantes a nivel mundial, treinta y tres de dichas firmas son norteamericanas (o sea el 66% del conjunto). El conjunto de C.Ts. registraba ventas de las filiales radicadas en el exterior en 1997 por un importe de 9,5 billones de dólares, y los activos de dichas filiales alcanzaba en el mismo año 12 billones de dólares.

Esas 60.000 C.Ts. están tan hiperconcentradas que sólo cien de ellas tienen una inversión global de la mitad, es decir de dos billones de dólares. Manejan el 25% del comercio mundial, que es intrafirma, o sea que desde una misma firma se realizan las exportaciones o importaciones. Es decir que manejan los precios a su arbitrio.

Además, hay otra particularidad. Después volveré al Consenso de Washington. Hay un cambio en la inversión extranjera directa que se puede perfilar mejor en los procesos de fusiones y absorciones. La inversión extranjera directa anteriormente era la que se destinaba a la creación de una nueva empresa, con aporte tecnológico, o a la ampliación de una firma existente, etc. Había un capital de riesgo. Hoy ya esa inversión está muy dosificada. La inversión extranjera directa va a la compra de empresas existentes, que ya han hecho todo el proceso de riesgo, por llamarlo de alguna manera. Y hoy la inversión extranjera directa, por ejemplo en la Argentina, se ha dedicado no sólo a las privatizaciones –que es la esencia– sino a la compra de cualquier tipo de empresas.

Desde bancos privados, el caso del único grupo más importante que tenemos en la Argentina es el de Pérez Companc, que vendió sin dudar el banco privado más importante que hay en Argentina, el Banco Río al Banco Santander de España. En otros países la venta de bancos importantes está reglamentada y no puede realizarse sin las debidas precauciones y los controles necesarios.

El cambio registrado en la inversión extranjera directa es algo que hay que examinar. Pues en nuestro país han comprado todo tipo de firmas, hasta una empresa importante que se dedica a los servicios mortuorios. En la actualidad se ha llegado a un grado muy elevado de desnacionalización del aparato productivo y ello se refleja en todos los órdenes. Daré dos ejemplos: en nuestro comercio las veinte primeras firmas exportadoras (de las cuales hay sólo tres que corresponden a capitales locales) en 1999 exportaron por valor de casi 11.000 millones de dólares, equivalentes al 47% del total exportado por el país. Del lado de las importaciones las veinte principales, todas extranjeras, importaron por valor de 5.400 millones, el 21% del total importado por el país.

El otro ejemplo está dado en relación al crédito bancario interno. En la Argentina en 1997 era del 27,3% en relación al PBI, mientras que en Brasil era del 44% y en los países desarrollados superaba en general al 100% del PBI. Aquí los capitales bancarios y financieros se “sientan” sobre el dinero y se lo prestan en general al propio estado.

Yo quería decir, un poco, cómo es el tema del Consenso de Washington, del que se ya se habló mucho y parecería que está fuera de moda, pero creo que no es así. Acá también se habló muy inteligentemente de un tema que nosotros venimos planteando un poco aisladamente, que es que una cosa son las imposiciones del Fondo y otra es la que han hecho el menemismo y el cavallismo, de una aceptación absolutamente irrestricta de esos condicionamientos.

Y para dar un ejemplo muy miserable de esa aceptación irrestricta, digamos que el ministro Roque Fernández, cuando fue ministro de Economía, fue a Washington a hablar con el FMI para que se planteara como una exigencia del FMI la privatización del Banco de la Nación Argentina. Así se llega a este grado de abyección que tienen los funcionarios argentinos.

Realmente, yo tomaría en lo que es el Consenso de Washington, que no es lo mismo la aplicación de los “diez mandamientos” del Consenso de Washington para Japón que para la Argentina. Ni para Brasil. Porque cada uno lo ha aceptado, o no, de acuerdo con sus particularidades.

Nosotros consideramos que el menemismo-cavallismo impuso la aceptación del Consenso de Washington de una forma incondicional, y lo asentó en un trípode. Por un lado, la apertura económica financiera. Que si bien es cierto que produce la caída de la relación de importaciones y exportaciones –del ‘90 al ‘99 las exportaciones crecieron al doble, pero las importaciones aumentaron siete veces.

Pero ¿qué es lo que se importa? Esta es la otra cara de la moneda: que se importan bienes de consumo en gran parte; y lo que se dice como bienes de capital son en rigor de verdad bienes durables en muchos casos.

Las privatizaciones, que se han llevado con una rapidez que no se dio en ninguna parte, a tal punto que ya no queda prácticamente nada por privatizar. Se han privatizado no sólo empresas innecesarias, sino también empresas de alto valor estratégico y altamente rentables que debían continuar bajo la esfera estatal.

Y también la privatización ya ha cumplido su rol de “limpiar” de valores, de patrimonio, a la República Argentina. La deuda externa, que es el otro punto en el que se ha apoyado el consenso de Washington, para cumplir bien esos deberes. Es decir continuar atados a una deuda que crece constantemente con intereses excesivos. Por otra parte yo creo que el tema de la deuda externa está íntimamente relacionado con el proceso de convertibilidad.

La convertibilidad se convirtió en un fin en sí mismo, un nuevo dios, un poco pagano, al cual hay que rendirle culto. Es uno de los muy pocos países del mundo cuya moneda no fluctúa. ¿Cómo vamos a proceder? ¿Cómo vamos a actuar? Esto es lo que más me preocupa. Aquí Carlos Vilas ha hecho una suerte de llamamiento de incorporar nuestros planteos a las movilizaciones que se hagan. El quid de la cuestión, entonces, es ¿qué hacemos nosotros? ¿qué vamos a hacer nosotros? ¿qué es lo que podemos hacer? Y ¿hasta dónde nuestro papel es el de meros intelectuales creando modelos alternativos, o dar alguna forma concreta a los reclamos de la gente?

Ayer aquí se señaló un tema que es hondamente preocupante: la falencia de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales en el caso de nuestro país. Yo creo que ése es un tema que nos debe hacer reflexionar también.

Hoy, a pesar de las tremendas luchas que existen en el país, los partidos políticos tradicionales y los sindicatos tradicionales no las reflejan. O se ven empujados a efectuar meras declaraciones retóricas. Son los caciques nuestros de siempre. Y yo, sinceramente, no creo que sea causa de la represión que tuvimos en la Argentina, como se ha planteado reiteradamente aquí. Creo que eso es una falta de autocrítica muy importante para todos nosotros para examinar nuestras falencias y nuestro dogmatismo que se manifiesta de muchas maneras.

Nosotros tenemos que pensar qué demonios hacemos nosotros con nuestra participación, para qué sirve, si es para quedar bien ante veinte personas, o si se pueden transformar esas cosas en elementos importantes en la lucha del pueblo.

No tengo mucho más que decir, no quiero reiterar cosas que se han dicho y que creo que todo el mundo sabe, con respecto a la globalización. Quizás el tema del capital financiero sea el determinante de la globalización.

También hay que tener en cuenta, es una realidad concreta, que hay dos billones de dólares en rotación diaria. Giran diariamente en el mundo dos billones

de dólares, de la especulación de divisas, de las bolsas, en distintos derivados, en distintos instrumentos que se van creando para canalizar una enorme burbuja.

Y ya que estamos hablando de deuda externa, también digamos otra cosa. La deuda externa no es patrimonio solamente de los países del Tercer Mundo; también los países muy adelantados están endeudados hasta los tuétanos. No olvidemos que hace muy poco tiempo atrás se planteaba en el plano teórico que la deuda de los países desarrollados era deuda interna. Hoy ya no es así. La globalización permite que podamos comprar por teléfono acciones de Italia, o bonos de la deuda de España, o de cualquier país. Los bonos del tesoro de EE.UU. están desperdigados por todo el mundo. Y son esos países, los más endeudados, los que han podido salir gracias a ese endeudamiento.

El caso de Bélgica o de Italia, que tienen una deuda muy superior a su PBI. Tan es así que el Tratado de Maastricht aconseja poner un tope al endeudamiento, del orden del 60%. En fin, son cosas que vale la pena que reflexionemos. Pues debemos terminar con lo que se impone desde el FMI y que he denominado como “la dictadura del equilibrio fiscal”, que es una nueva forma de imponernos el atraso y la sumisión.

A mí, en lo personal, me ha hecho muy bien haber participado ayer en este grupo, y creo que esto debería hacerse con mayor frecuencia, con mayor rapidez y con más tiempo. Gracias.